

Universidad y Biblioteca: Crisis y Sincretismo

BERTA ENCISO

Biblioteca de El Colegio de México.

HÉCTOR GALLARDO

Dir. Gral. de Geografía del Terri-
torio Nacional, S.P.P.

A MANERA DE ANTECEDENTES

A principios de 1979, la Asociación de Bibliotecarios de Instituciones de Enseñanza Superior e Investigación, convocó a un concurso nacional de publicaciones bibliotecológicas, denominado: PREMIO ABIESI 1979-1980, con el tema: "la importancia de la biblioteca universitaria en México".

El concurso fue declarado desierto, y aunque a los autores se nos distinguió con una oferta de publicación dentro de la serie Cuadernos de ABIESI, nos decidimos por enviar nuestro trabajo a *Bibliotecas y archivos*, porque la publicación se presentaba a mucho más corto plazo y quizá con una difusión más amplia, incluyendo el plano internacional.

No esperamos que todos o la mayoría de los bibliotecarios estén de acuerdo con las ideas en él vertidas, pero lo que deseamos dejar sentado, es que nuestro propósito inicial fue tratar de situar a las bibliotecas universitarias en México, dentro del

La problemática implícita en el planteamiento, rebasa el terreno propio de la biblioteca en sí, porque la biblioteca universitaria está afectada de crisis por partida doble: una propia e interna, que padece la biblioteconomía en México y en el resto del mundo; y otra a la que se ve arrastrada por el entorno particular en el que encaja: el ámbito de la educación superior. De modo que no es posible examinar aisladamente la temática de la biblioteca universitaria; las consecuencias y giros de una crisis, se reflejan en los de la otra, y viceversa.

Lo anterior nos ha llevado a expresar que, si se desea analizar el problema —aunque no en toda su profundidad, sí con señalamientos generales— el marco de referencia se extiende más allá de la biblioteca y de la biblioteconomía mismas. No es meramente una situación técnica, es también una circunstancia social.

En nuestra opinión, el objetivo de un ensayo debe ser examinar las condiciones, analizar los problemas derivados de ellas y proponer soluciones con relación a un esquema determinado. Pero depende de la capacidad del investigador, lo atinado o no de las proposiciones deducidas; de otra manera, el ensayo queda sólo en un ejercicio intelectual —que añade lauros literarios a su autor— pero no contribuye con resultados significativos, a la problemática discutida.

El contexto en el que se encuentra la biblioteca universitaria, es de por sí controvertido, por ende, resultan igualmente controvertidas las interpretaciones que de él se hacen. Al considerar el marco de referencia, en el que hay que ubicar un organismo —ligado por otra parte, al campo de la educación superior, a su vez en constante cambio— se agudiza la posibilidad de controversia.

A pesar de ese riesgo, la exigencia de que el tema se discuta razonablemente, nos parece menor que la importancia del consenso que pudiéramos lograr con sus conclusiones. Y siendo éste además, un problema de cultura, escogimos como significativas las ideas de Julio Ricardo Barcos, sobre la forma en que desde tiempo inmemorial, se han manejado en Latinoamérica estos conceptos:

“Nuestra actitud de declamadores mesiánicos ante los imperialismos, podrá ser sublime por la nobleza que nos anima. Pero es casi nula en sus efectos. Mientras nuestros líderes disparan sus arengas desde las frágiles barquillas del lirismo, las poderosas flotas mercantes del invasor bloquean nuestro comercio... El imperialismo es una fatalidad económica para los pueblos semibárbaros que producen materia prima y no saben elaborarla. La educación técnica será el Mesías para estos países pobres con suelo rico... Para mí, el problema del pan y libertad de estos pueblos es fundamentalmente un problema de cultura, entendiendo por cultura todas las fuerzas creadoras del trabajo humano, desde abrir un surco hasta crear un sistema filosófico.”¹

Por el eco que trasciende de las palabras de Barcos, todos, incluyendo a los bibliotecarios mexicanos, sabemos que en nuestro país no se da a las bibliotecas la importancia que merecen. Esto se debe a muchos y a muy variados factores, que pueden y deben eliminarse, si queremos que las bibliotecas ocupen el lugar que deberían tener.

Así nos encontramos con que la biblioteca universitaria, además de numéricamente mínima o minoritaria, es cualitativamente crítica. A partir de estas consideraciones hemos elaborado este ensayo. Bosquejamos en él, las crisis mencionadas y cómo afectan a la biblioteca universitaria; señalamos algunas de las causas que nos parecen corregibles, y por último describimos un perfil de los problemas a que paulatinamente se tendrá que enfrentar, en un futuro ya bastante cercano.

Lo único permanente es el cambio, concluyó Heráclito, con la agudeza característica de los filósofos griegos del Siglo de Oro, Ningún proceso social es la excepción de esta regla. La biblioteca universitaria ha de irse adaptando a la realidad, objetiva y vigorosamente como un motor, no como un móvil. De otra manera, es muy posible que tenga destinado un lugar en ese cementerio de dinosaurios renuentes a morir, que alguna vez mencionara —no sin cierto británico sentido del humor— Donald J. Urquhart.

¹ Citado por Andrés Roig, en: *Los ideales bolivarianos y la propuesta de una Universidad Latinoamericana Continental* (Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 4; México, D. F.: UNAM, Centro de Estudios Latinoamericanos, UDUAL, 1978).

CAPÍTULO I

¡MUERA LA UNIVERSIDAD!

A finales de los sesenta, cuando cambió drásticamente la actitud hacia la educación superior, con motines en las ciudades y en los recintos universitarios, la cuestión fue, no tanto si la educación superior podía salvar al mundo, sino si podrían sobrevivir algunas de las más antiguas y prestigiadas universidades.

Edward G. Holley

París, mayo del 68. Las paredes de los recintos universitarios, convertidas en extensos periódicos murales, son transitorio soporte de sonoras frases que alcanzarán la gloria efímera del slogan. Las calles tomadas por los estudiantes, se inundan de estandartes, pancartas y estribillos políticos. Enfrentada a una sorpresiva explosión, la estructura académica se tambalea y la violencia estudiantil, amenaza decapitar a los sostenedores de los viejos canones

México, agosto-octubre del 68. Ante la inminencia de unos Juegos Olímpicos, en los que se ha invertido una parte considerable del presupuesto, los estudiantes capitalinos, poseídos de una extraordinariamente rápida politización y en sorprendente alianza con una gran parte del sector académico, radicalizan sus demandas. Situación que, avivada por los ecos románticos de las frondas que barren las universidades francesas, deriva

hacia el enfrentamiento inevitable con el gobierno. La culminación de los hechos tiene lugar, trágicamente, en la Plaza de las Tres Culturas.

A partir de esa fecha, la vida universitaria en nuestro país, sólo puede calificarse de inestable. Y no únicamente en cuanto al desarrollo de sus actividades cotidianas, a menudo interrumpidas por paros estudiantiles o huelgas sindicales, sino en cuanto a los cambios paulatinos provocados por un crecimiento de la población estudiantil, que rebasa la capacidad no sólo de las instalaciones, sino también de la estructura académica. Las consecuencias se reflejan de diversas maneras y en distintas áreas, una de cuyas sumas finales, repercute en la biblioteca universitaria. En términos generales, estos acontecimientos corresponden a los comportamientos observados a partir de entonces, por los sectores estudiantil y académico, que integran el aparato universitario.

El campo de la educación superior significa de una manera implícita para el gobierno, una necesidad y un compromiso. Una necesidad, porque forma parte de sus plataformas políticas y un compromiso, por el considerable número de intereses que han surgido alrededor de ella. La magnitud de la situación, está claramente descrita en los comentarios de Jaime Castrejón Díez:

“En México se presenta una trágica paradoja: los sectores populares, para los que el Estado ha estructurado su política educativa, impugnan al sistema que los está subvencionando... El presupuesto federal para la educación superior ha crecido en un 390% de 1970 a la fecha. Durante este periodo, se invirtieron 16,000 millones de pesos en el impulso y fortalecimiento universitario y tecnológico del país.”²

Como resultado de esta contradicción, en apariencia inexplicable por su misma paradoja, ha surgido dentro de las universidades una tradición, que antaño se limitara a pequeños grupúsculos de estudiantes elegidos, principalmente extraídos de los cuadros de la Facultad de Derecho y que empezaban a ejercer dentro de las aulas, su vocación de políticos.

La explosión demográfica afectó también la conducta estu-

² Jaime Castrejón Díez, *La educación superior en México* (México. D. F.: EDICOL, 1979) p. 38.

diantil, dando origen a los grupos de presión, que no obstante lo reducido de su número, tienen un campo de acción mucho más amplio. “La mayoría”, dice Castrejón Díez, “apática o nó, comprometida en las universidades ha significado para los grupos de presión un verdadero aliado, pues con 200 ó 400 sujetos, es posible detener las actividades de una institución de 250,000 personas...”³

Se pueden dar otras explicaciones a este fenómeno e inclusive justificarlo, ya que una de las herencias de la revolución estudiantil, es el cliché de citar aforismos fuera de texto. El fenómeno no es tan significativo, por lo volátil de los movimientos estudiantiles en nuestro país (como parece sugerirlo el hecho de que algunos ex-secretarios de estado hayan surgido de ellos); pero habiendo sido en otros países, mucho más grandes los movimientos, y también —esos países— con estructuras universitarias más conservadoras, independientes y estables que las nuestras, los cambios, a la postre, han sido más aparentes que reales; lo que hasta cierto punto es lógico y podía haberse esperado lo mismo en nuestro país. Sin embargo no sucedió, por lo menos en lo que toca al ambiente estudiantil.

Tal parece que el problema latente de los grupos de presión, se agudiza a partir de entonces, estableciendo una circunstancia que, no por deplorable, es menos cierta: la implantación de la violencia en la vida universitaria. El círculo vicioso se alienta dentro de las mismas instituciones académicas, a cuyos gobiernos quedan pocas alternativas de acción.

¿Cuál es el resultado de todo esto? En primer lugar, a causa de periodos lectivos más cortos, interrumpidos o no llevados a cabo, el nivel académico del estudiante se vuelve cada vez más deficiente, lo que parece no afectarlos mayormente ya que aprenden rápidamente el recurso de las presiones políticas para aprobar sus cursos. Este índice de deficiencia se incrementa por la demanda demográfica (cuyo elemento representativo, trae ya consigo una muy baja eficiencia escolar) ya que tienen que abatirse los niveles de los exámenes de selección y los programas de las licenciaturas. La situación ha alcanzado tales extremos, que las quejas de los profesores conscientes, empiezan a expresarse cotidianamente en forma de artículos periodísticos.

³ *Ibid.*, p. 54.

“A pesar de estos conflictos” —comenta Castrejón— “la universidad sigue dando a sus egresados un prestigio y unos conocimientos que les permiten desenvolverse y aislarse del trabajo común. Considerando una estructura piramidal de la sociedad, los egresados universitarios están en un nivel en que sus conocimientos les propician trabajo, no necesariamente más fácil pero sí más cómodo, en el que pueden ganarse la vida decorosamente y, además conformar su papel dentro de la sociedad de acuerdo con su preparación. Ingresar el joven a la universidad y ésta lo cambia profundamente no solamente en su preparación, sino, inclusive en su estatus dentro de la sociedad”.⁴

Esta imagen tan atractiva a los jóvenes alienados por una sociedad consumista en grado extremo —a pesar de todos los intentos para evitarla— empieza a desvanecerse. A no dudarlo, la ilusión creada por la universidad de Justo Sierra, del ejercicio de la profesión liberal como culminación de los estudios profesionales y el papel de la “gente decente” en la sociedad, es alentada consciente o inconscientemente por familiares que deslumbrados por la habilidad con que explotan su destreza personal unos cuantos, siguen pensando que el título es sinónimo de cuenta bancaria. La realidad —desgraciadamente— no los desengaña a ellos, sino a sus vástagos empujados a las aulas de educación superior.

La realidad del campo profesional ha cambiado: “Por mucho tiempo los egresados lograrán su acomodo en el sistema social al encontrar lugar en el mercado de trabajo, pero a medida que aumenta el número de egresados de las universidades disminuyeron los satisfactores. Todavía en los años treinta y cuarenta llegan a posiciones decorosas; todavía es atractivo para campesinos, obreros y clase media ser médicos, entrar a los servicios del gobierno o lograr empleo en alguna empresa. Pero cuanto mayor es el número de personas preparadas, menor es la capacidad del sistema social para absorber en la misma forma a los egresados de las universidades. Empieza a surgir el desempleo o el subempleo en los profesionistas, provocando la crisis de relaciones dentro de la universidad.”⁵ La secuencia social así desencadenada, gira sobre sí misma en un intermi-

⁴⁻⁵ Castrejón Díez, *Op. cit.*, pp. 23-42.

nable círculo vicioso: el exceso de oferta, aunado al bajo nivel profesional, facilita que los empleadores puedan contratar trabajadores cuya remuneración no es adecuada y a cuyas carreras dentro de las empresas imponen corta duración, para evitar contraer compromisos económicos, ya que pueden substituirlos fácilmente. Ante esta disyuntiva, un buen número de profesionistas se vuelcan al extenso campo de la educación media y superior, bien como un medio de aumentar sus percepciones económicas, bien como un auxiliar para su curriculum o bien como un *modus vivendi* definitivo. Una crítica situación social, se vuelve entonces frustrante para el profesionista imposibilitado de obtener empleo dentro de su campo de actividades o bien por su incapacidad para ejercer competitivamente su profesión. Y es este profesor habilitado, improvisado o forzado, el que se enfrenta la mayoría de las veces sin saberlo, a la amarga prueba que resulta la ignorancia en el campo de la información moderna.

Alvin Toffler señaló en su libro *El shock del futuro* la rapidez del cambio que parece ser una de las más significativas características de la sociedad actual. La educación no ha escapado a ese fenómeno: “La obsolescencia del conocimiento, constituye un elemento determinante de los cambios sociales que se han operado en las últimas décadas. El hombre que se ha desarrollado en la sociedad de masas ha modificado no sólo sus actividades básicas, sino muchos de sus valores fundamentales. Y en este contexto, la confrontación con la autoridad en el ámbito universitario se ha dado como consecuencia de una falta de autoridad —en el más estricto de los sentidos— del maestro sobre sus alumnos.”⁶ Heredando el estudiante —al paso por las aulas— todo lo que hemos mencionado, no puede ser sorprendente este hecho. Al respecto podría mencionarse que la medida del número de volúmenes por alumno en las universidades, no es un indicador de la importancia de la biblioteca en una institución de educación superior, y que este hecho está relacionado de una manera importante con la capacidad editorial de los países en los que se encuentran dichas instituciones. Ciertamente, la mera cantidad no es un índice de excelencia, pero menos aún lo es la situación opuesta. Cualquier *curriculum*

⁶ Alvin Toffler, *El shock del futuro* (Barcelona: Plaza & Janes, 1974).

escolar que merezca un mínimo de aprobación profesional, debe estar apoyado en una bibliografía mínima, en cantidad suficiente, lo mismo que en edición reciente para poder estar acorde al cambio del conocimiento.

La educación superior —por lo menos en lo que toca a ciertas ramas de la ingeniería— se vuelve obsoleta en el lapso que corresponde a una generación profesional (5 años) lo que significa que el egresado, está ya retrasado en conocimiento respecto a su carrera, al terminar ésta. Si además se tiene en cuenta —a pesar de que la situación ha cambiado en los últimos quince años— que gran cantidad de libros especializados tardan en traducirse al español, y que muchos de ellos nunca se traducen, se debe sumar un factor más al total de ineficiencia. Es también una certeza desagradable, que el número de profesionales egresados que habla y escribe con cierta propiedad su idioma natal es reducido, por lo que es menor aún el número de los que con cierta soltura pueden entender publicaciones en otro idioma, aunque sea éste un requisito que se exige a menudo a nivel profesional y se supone indispensable para grados superiores al de licenciatura. Es desalentador por ello —como consta a muchos bibliotecarios— observar la notable incapacidad de muchos estudiantes y profesionistas para manejar un sencillo catálogo de biblioteca.

Es lógico entonces, que ante esta insuficiencia para captar nueva información "... el maestro está consciente de que muchos de sus conocimientos —en un periodo muy corto— serán obsoletos. Y lo más dramático es que el alumno también está consciente de esta situación; consecuentemente, no otorga un reconocimiento profundo a la autoridad del maestro en un campo específico del saber. Además la celeridad con que son generados los nuevos descubrimientos y la ampliación de los canales de comunicación sobre los mismos, permiten que maestro y alumno se enteren paralelamente —a través de los medios de divulgación y de las revistas científicas— de los nuevos avances de la ciencia. Estos elementos disminuyen la distancia que tradicionalmente separaba al maestro del alumno y permiten que éste, al no considerar al maestro como único medio de obtener conocimientos, impugne fácilmente su autoridad. Este cambio de actitud en el ámbito universitario se manifiesta no solamente

en la confrontación con la autoridad magisterial, sino en la crisis generacional que se traduce en el enfrentamiento a la autoridad paterna y en la actitud de las nuevas generaciones hacia la autoridad que representa el estado."⁷

Al concordar los autores con las tesis sustentadas por Castrejón, puede parecer que tienen un concepto anticuado de lo que es una institución de educación superior, pero haciendo de lado los recuerdos vigentes de su educación profesional, sí consideran evidente que su estructura debe acercarse más a las ideas de Piaget, que a los conceptos nebulosos e indefinidos vertidos incansablemente sobre la escuela de masas. Y quizá deba hacerse mención a que precisamente en algunos de los países socialistas es donde pueden encontrarse escuelas con excelencia académica, cuyo patrón se acerca bastante más al de esa imagen anticuada.

En resumen y para concluir, creemos que al analizar el papel de la biblioteca universitaria en México, en relación a la estructura universitaria en el aspecto estudiantil, deben considerarse los siguientes factores:

1. El crecimiento demográfico explosivo de la población estudiantil en el nivel de la educación superior.
2. La deficiente preparación pre-universitaria de la mayor parte de esa población estudiantil.
3. La actitud detectada en gran parte del grupo estudiantil, como objetivos perseguidos al cursar estudios universitarios en la búsqueda de realización dentro del estatus social.
4. La actitud detectada dentro de la porción politizada del sector estudiantil, con respecto a la autoridad universitaria.
5. La existencia de grupos de presión agresores dentro del ámbito universitario, no como un fenómeno transitorio, sino como manifestación de la violencia permanente en el contexto universitario.

Ninguno de estos puntos, parece tener aspectos positivos y más bien parece que justifican el grito de batalla de los estudiantes franceses en el 68: ¡Muera la Universidad! A partir de

⁷ Castrejón Díez, Op. cit., pp. 54-55.

esta glosa, podemos empezar a profundizar en otros pormenores que delimitan la importancia de la biblioteca universitaria en nuestro ambiente. A pesar de lo desalentador que este comentario preliminar se muestra, el siguiente no lo es menos. Pero eso es asunto de un capítulo posterior.

CAPÍTULO II

¡MUERA LA BIBLIOTECA!

Una buena colección de libros, con un alma en forma de un buen bibliotecario, se convierte en un poder vitalizador entre los impulsos por los cuales el mundo sigue mejorando.

Justin Winsor

Si en el capítulo anterior se habló de la muerte natural de la Universidad, inducida por los esfuerzos comunes de quienes debían mantenerla viva, es de temer que en su agonía será piadosamente acompañada por la biblioteca. Pero los acontecimientos no necesariamente tendrían que desarrollarse de esa manera; la biblioteca universitaria no requiere de ayuda para fenecer; presenta síntomas que sugieren una muerte prematura: el síndrome que aqueja a la biblioteca, es en cierta forma completamente atribuible a ella misma.

La aversión que instintivamente sienten los usuarios por las bibliotecas, es un reflejo de la imagen que de ella se han formado. Los rasgos de esa imagen se han trazado en virtud de varios factores, que en conjunto constituyen su balance desfavorable. Por principio de cuentas, influye en esa visión, el elemento indispensable al que asociamos nuestras visitas a bibliotecas: el bibliotecario mismo.

La personalidad del bibliotecario, que afecta a todo el conjunto de servicios que debe proporcionar la institución, no es

ciertamente exclusivo de nuestro ambiente; aparece donde quiera que exista una biblioteca. Y es que con frecuencia "muchos de los bibliotecarios contemporáneos están lo suficientemente conformes con proporcionar, las más de las veces, respuestas superficiales y a menudo erróneas, a las demandas que el usuario, o no ha expresado claramente o el bibliotecario no ha entendido suficientemente, respondiendo cualquier cosa, con tal que se marche pronto..."¹ Con ello se agiganta la ya natural falta de interés que propicia la situación general de la educación y aumenta el problema de la consulta, que solamente lleva a cabo una mínima parte de los estudiantes.

Ahora bien, ¿por qué sucede esto? Sin oportunidad de profundizar en la causalidad del efecto observado, una apreciación rápida indica a primera vista, la intervención recíproca de: la deformación profesional, la estructura administrativa y la personalidad del bibliotecario. Por vía de brevedad, mencionaremos sólo algunas acotaciones pertinentes a cada uno de estos aspectos.

El problema de la deformación profesional, atribuible fundamentalmente a la indefinición epistemológica de la profesión, ha sido tratado por un número variado de personalidades del mundo bibliotecario. La escuela inglesa (cuando menos una parte de ella) debido tal vez al añejo tradicionalismo británico, se ha mostrado particularmente observadora al respecto. M.B. Line, Director de la British Library Lending Division comenta: "La mística de la biblioteconomía es mayor, posiblemente que su misterio. Todas las profesiones construyen alrededor de sí mismas una mística. Una forma de persuadir al mundo de que la ocupación de uno es una profesión que requiere una ceremonia de iniciación, a menudo de considerable longitud y dificultad, y rodear al trabajo con un impenetrable aire de misterio."² Se desarrollan así, una serie de costumbrismos que se dan por válidos e indiscutibles, sin que exista una razón jus-

¹ Neal Harlow, *Administration and change. continuing education in library administration* (New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press, 1969).

² Maurice Bernard Line, "Demystification in librarianship and information science". En: *Essays on information and libraries* (Ed. by Keith Barr and Maurice Line. Hamden, Conn.: Linnet Books, 1975) pp. 105-115.

tificada para ello. Y se pasa, del mero ejercicio de la costumbre, a la enseñanza de la misma: "El aprendizaje del ritual, se ha vuelto por supuesto, institucionalizado en las escuelas de biblioteconomía; es cierto que el misterio no reside ya en las manos de una autoridad central, pero el hecho de que cada escuela de biblioteconomía es capaz de desarrollar su propio misterio no devalúa de ninguna manera el ritual o hace que por ello, deje de ser un ritual."³

Al decir que los elementos aquí enumerados son de acción recíproca, se aprecia fácilmente al tomar en cuenta que el espíritu descrito en los párrafos anteriores se impregna en las estructuras administrativas de una manera natural. Al hablar precisamente de las estructuras administrativas de las bibliotecas, Thompson hace referencia a una, a la que denomina "monocrática" y que es muy frecuente encontrar en la práctica. La característica primordial de esta estructura es la rigidez administrativa, en virtud de la cual, sólo la persona situada en el más alto escalón tiene facultades para innovarla. Este comportamiento cunde inmediatamente a los niveles inferiores: el personal en esos puestos tiende a ser más desdeñoso y autoritario (esquema burocrático típico), descargando la tensión de sus presiones psicológicas en el usuario.

La confusión que la falta de paradigmas profesionales de largo alcance y filosofía profunda provocan en el administrador, orilla usualmente a mezclar los medios con las finalidades "en el pasado (y vivimos de esos tiempos aún) hemos puesto demasiada atención a lo que llega por la puerta trasera de la biblioteca —los objetos físicos— y muy poca a lo que llega al frente —gente— con preguntas, necesidades, requerimientos físicos, y todo un juego de imágenes que hay que anticipar".⁴

A no dudar, siguen existiendo —hasta cierto punto— personas que piensan que el libro es un objeto sagrado, y que por lo mismo hay que limitar su uso hasta donde sea posible...

Aunado a la confusión de tipo administrativo en cuanto a

³ *Ibid.*

⁴ Robert S. Talyor, "Orienting the library to the user". En: *Use, misuse and non-use of academic libraries* (New York: New York Library Association, College and University Libraries Section, 1970) pp. 5-19.

lo meramente tangible debe considerarse la que provoca el fetichismo metodológico. Un resultado de ello lleva a considerar los manuales de rutinas como evangelios que deben ser acatados al pie de la letra, sin importar las metas de la organización. Este defecto de interpretación ha sido comentado por varios autores, incluyendo a Thompson, como achacable al empleo indiscriminado del "taylorismo" en las bibliotecas, con el ánimo de obtener una mayor eficiencia en los trabajos rutinarios. Sin embargo, Enciso⁵ señala en su tesis, que esto puede atribuirse a que los bibliotecarios estadounidenses (a quienes por lo regular se copia fielmente) han reducido —en muchos casos— el taylorismo bibliotecario a las llamadas "check-lists" listas o enumeraciones, no siempre articuladas, de operaciones bibliotecarias. Cabe hacer la aclaración, que la técnica que se menciona ha sido superada e incluida —en la tesis de Enciso— dentro de una más clara perspectiva en los criterios de análisis de sistemas, que ayuda, para proporcionar una imagen completa del sistema bibliotecario, con otras herramientas metodológicas, como los diagramas de bloque, diagramas de proceso y los flujogramas.

El tercer elemento de la casualidad analizada se refiere a la personalidad del bibliotecario, elemento importante en el contexto general de la práctica bibliotecaria. Al referirse a este aspecto, H. T. Hookway, Ejecutivo de la Biblioteca Británica, afirma que "se podría obtener una mayor comprensión, a través de una investigación más profunda de las características personales y el desarrollo de las carreras profesionales de los trabajadores de la información".⁶

Los estadounidenses, tan afectos a medir todo lo medible, si bien no como pioneros, han implementado estudios en este sentido. Como resultado de sus investigaciones, se deduce la opinión de que el bibliotecario tiene una biotipología bastante definida. Al menos esta conclusión puede extraerse de considerar

⁵ Berta Enciso de Gallardo, "Elementos para evaluar los servicios técnicos. un enfoque de sistemas" (Tesis de Maestría en Biblioteconomía; México, D. F.: Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía, 1978).

⁶ H. T. Hookway, "The image of information work" En: *Essays on information and libraries* (Ed. by Keith Barr and Maurice Line. Hamden, Conn.: Linnet Books 1975) pp. 79-85.

las deducciones expuestas en la tesis doctoral de Rose Mary Magrill.

Su investigación se basó fundamentalmente en un muestreo entre alumnos de nuevo ingreso a tres escuelas de biblioteconomía, para tratar de determinar, cuáles factores influyeron —de manera significativa— en la elección de esa carrera. Paralelamente —como indicador comparativo— se muestreó a un grupo similar de estudiantes de carreras afines (periodismo, historia, ciencias políticas y sociales), para averiguar si la muestra seleccionada era normal respecto a otros tipos de estudiantes.

La conclusión más importante de ese trabajo, corresponde a las características del estudiante *estadounidense* prototipo de biblioteconomía. Este puede describirse de la manera siguiente: "es una mujer blanca, de clase media, con un poco más de edad que sus semejantes femeninos de otros programas de graduados; generalmente orientada hacia las humanidades (habiéndose graduado en inglés, historia, etc.) más que hacia las ciencias físicas o sociales; no tiene suficiente confianza en sí misma; es deferente y respetuosa de la autoridad y su actitud respecto a los cambios es negativa".⁷ Como puede notarse, estas características se complementan con bastante coincidencia, con los rasgos estructurales que se han señalado anteriormente.

Por otra parte, haciendo de lado los tintes étnicos y educativos, creemos que este estereotipo, puede extenderse sin mayores dificultades a nuestro país. Afirmar esto, puede provocar —obviamente— las airadas protestas de las bibliotecarias, de las feministas y —en mayor grado— de las bibliotecarias feministas. No creemos, que detrás de este estudio (realizado por una mujer) se escondan intenciones chauvinistas, ya que como comenta Hershfield,⁸ un alto porcentaje de los estudiantes de biblioteconomía y bibliotecarios de sexo masculino, presentan las mismas características tipológicas. Por esta última razón

⁷ Rose Mary Magrill, *Occupational image and the choice of librarianship as a career* (Ann Arbor, Mich.: University Microfilms, 1969, 192 h.).

⁸ A. F. Hershfield, *Effecting change in library education* (Syracuse: Syracuse University, 1973. 87 p.).

puede ser que protesten los bibliotecarios, los chauvinistas y —en mayor grado— los bibliotecarios chauvinistas.

Sin embargo, la tipología, por sí misma no podría considerarse un factor decisivo en el comportamiento y desarrollo del bibliotecario si no existieran factores reforzadores. Estos se detectan en la formación profesional, porque el bibliotecario no es sólo lo que aprende en la práctica, sino también (de manera importante), lo que la escuela le enseña. ¿Será verdad —se preguntaba un bibliotecario, cuyo nombre se nos escapa— que el estudiante de biblioteconomía, sale de las aulas con la idea de que el trabajo en bibliotecas significa: sellar libros, quitar el polvo de las estanterías y regar los cactus? Si así fuera, la experiencia como oficinista en una biblioteca, puede ser la cuna o la tumba del bibliotecario. Y así sucederá, si en la escuela aprende a pensar como oficinista y no como bibliotecario.

La cuestión académica adquiere, si partimos de estos comentarios, una importancia singular. El problema que esta situación plantea ha sido tratado extensa y extraordinariamente por Shera⁹ y se infiere que radica, no sólo en quienes la practican, ni tampoco únicamente en la forma en que se enseña, sino también en la propia estructura del pensamiento bibliotecario. Posiblemente sea Wasserman¹⁰ quien más claramente percibe estas características:

“En un contexto cultural dado, el observador —mentalmente despierto— de las instituciones bibliotecarias y de su práctica, percibe cómo, al igual que otras formas institucionales de la cultura, están fracasando. Las bibliotecas fracasan porque están inexorablemente ligadas al pasado. Están fracasando, porque son un diseño de sabiduría convencional, y refuerzan con ello sus valores y su ritual estático, sin dudas, sin remordimientos. Fracasan porque están encadenadas —moral y psicológicamente— a estructuras y objetos materiales, en vez de estarlo a los usuarios y a la solución de problemas, fracasan porque se

⁹ Jesse H. Shera, *Fundamentals of library education* (New York: J. Wiley, 1972).

¹⁰ Paul Wasserman, *The new librarianship; a challenge for change* (New York: R. R. Bowker, 1972, 287 p.).

identifican con el status quo y no con las fuerzas cambiantes que arrasan al planeta.”

Para nuestro gusto, parece un poco exagerado el tono sombrío del Dr. Wasserman; sí creemos que sus palabras expresan las ideas que aquí tratamos de explicar y que se pueden adoptar como un adecuado corolario de ellas. Paradójicamente, podemos concluir que como en el contexto más general del problema universitario, es también en el contexto de la biblioteca universitaria, que quienes parecen propiciar su decadencia, no son únicamente los estudiantes con los gritos de ¡Muera la biblioteca! sino aquellos mismos que más aliento deberían dar a su preservación.

No obstante, si bien la muerte es un fenómeno inevitable, la ingenuidad humana siempre ha hallado ingeniosos caminos —si no para evitarla— sí para retrasar el encuentro con ella. Y este problema no es una excepción de esa regla. En el planteamiento de la solución, se encuentra implícita la importancia de la biblioteca universitaria. Una importancia que como hemos tratado de explicar, no es meramente cuantitativa, ni el resultado de la buena o mala voluntad (o tal vez buen o mal humor) de los funcionarios administrativos que aprueban sus presupuestos.

Un sistema cualquiera, aunque no sea del todo evidente, es algo más que un conjunto de elementos relacionados entre sí, conforme a nexos particulares. Si es un sistema cultural (como lo es la biblioteca) está diseñado con determinados objetivos, surgidos de acuerdo a cierta manera de pensar, a una filosofía particular. Esto es verdadero para el sistema educativo como para cualquier subsistema del mismo. Pero en el sistema educativo, la universidad y su biblioteca no son los únicos subsistemas. Existen otros cuyo efecto de retroalimentación afecta a los demás. La importancia de la biblioteca universitaria se deriva o se puede explicar en función de estas relaciones con elementos externos. Y llamamos externos a algunos que hemos señalado en el capítulo anterior, y que concretamente se identificaban como características del fenómeno estudiantil, con el cual la biblioteca se enfrenta.

Ojalá que fueran esos los únicos presentes. Como en conocido

programa de televisión, nos vemos desafortunadamente obligados a decir: ¡Aún hay más! Y esto ya no tiene que ver con los estudiantes, sino con las autoridades y profesores universitarios. Equitativamente, en este ensayo, es justo que a todos toque alguna parte en el pandemonium que hoja tras hoja parece complicarse más a pesar de nuestra buena voluntad por desenredarlo. Por ello, pasemos a la siguiente hoja...